

## CAPITULO XV.

Por ser constante.

¿Quién es esa jóven de fisonomía dulce como la resignacion, de mirada melancólica y serena como el limpio rayo de la luna, y hermosa y pálida como el lirio de los valles que, sentada lánguidamente sobre una blanda butaca de damaseo carmesí, y apoyando su bellísima cabeza sobre la ebúrnea mano de su brazo derecho, cuyo codo desansa sobre el labrado del mullido asiento, dirige su blanda y dulcísima mirada hácia otra hermosa mujer que estrecha la otra mano entre las redondas suyas, y la contempla de hito en hito con la celestial ternura con que contempla una cariñosa madre la

angélica faz del inocente niño que duerme en la cuna?

¿Por qué está velado su cuarto por oscilantes colgaduras dobles que impiden la entrada libre á los rayos del sol que baña las copas de los árboles de una espaciosa huerta que á su lado se descubre, y mantienen la estancia envuelta en una media y apacible luz, que imprime á los objetos cierto tinte de melancolía y de dolor, que conmueve el alma?

¿Por qué en sus lindos y apacibles ojos brillan temblantes esas lágrimas que ruedan silenciosas por sus cándidas mejillas, como resbalan las gotas del rocío sobre el suave pétalo de la nítida azucena?

¿Quién es, sí, quién es esa criatura celestial, cuyo púdico semblante se mira velado por la vagarosa sombra del dolor, que tranquila y resignada acepta como un legado inseparable de la triste humanidad?

¿No lo ha adivinado ya el lector?

Pues esa angélica jóven, en quien están vinculadas todas las perfecciones, y en eu-

yo rostro se reflejan á la vez las hondas penas del alma y la pureza de un corazon sin mancilla, es la sensitiva Clotilde, el sér de inagotable ternura que oculta en su pecho la inestinguible llama del amor que le abraza interiormente destruyendo sordamente su vida.

Desde el dia en que debió unirse á Duval, y que la salvó del sacrificio que iba á consumir, la inesperada aparicion de Nuñez presentando las pruebas de la inocencia del padre de su idolatrado Leopoldo, todo su sér ha sufrido una alteracion terrible.

Las emociones de aquella amarga noche habian oprimido de tal manera su tierno corazon, que llegaron á enfermarlo profundamente.

La medicina radical hubiera sido unirla al hombre que adoraba; pero era preciso esperar hasta saber si eran ciertas las revelaciones que contenia el manuscrito, y áquel plazo indefinido, puesto por D. Emilio, y que Duval tenia buen cuidado en alargar, fueron profundizando la herida del amor, y

agotando las fuerzas de la inocente jóven, que se sentia conducir á la muerte en alas de la melancolía y del dolor.

Cierto es que la suspension de su matrimonio con Duval habia conjurado por entonces la desgracia mayor y que mas próxima le amenazaba, dejando entrever un rayo de consoladora esperanza. Pero aquel rayo era tan ténue, y estaba colocado en un horizonte tan lejano y encapotado de oscuras nubes, que la infeliz temia verlo eclipsarse á cada instante.

Verdad es que con frecuencia escuchaba á Nuñez hablar de su querido Leopoldo, del amor constante que le consagraba; pero las flores necesitan de la presencia del mismo sol, sentirse bañadas por sus fecundantes rayos para vivir espléndidas y lozanas, pues sus solos reflejos no harian mas que alumbrar por unos instantes su débil y melancólica existencia.

Clotilde necesitaba de la presencia de Leopoldo, como necesitan las plantas de las linfas puras de las fuentes y de los arroyos.

Pero esta necesidad no podia satisfacerse por entonces.

La acusacion contra la conducta observada por el padre de Leopoldo, aun estaba en pié, y su hijo no podia presentarse en la casa del objeto de su amor hasta no ver vindicado el nombre del autor de sus dias.

Esta promesa, exigida por D. Emilio, como vimos en uno de los primeros capítulos de nuestra historia, y hecha por el honrado pintor, era muy sagrada para que dejase de cumplirla el delicado amante de la hermosa expósita.

Pero el tiempo pasaba, y la mancha impresa en el apellido de Cabrera por la infame calumnia, aun permanecia acusadora.

En vano Nuñez habia tratado de hacer resplandecer la inocencia del padre de su fiel amigo. Duval, mas poderoso que él, se valia de todos los medios para evitar que tuviese frecuentes conferencias con Don Emilio.

El doctor, por su parte, pretestando que no convenia hablar á la jóven de asuntos que pudieran afectarla, contribuía á que el

señor Landeta mirase tambien con fria indiferencia un negocio que juzgaba menos importante que el restablecimiento de la salud de su protegida.

Para conseguir quitar de la vista de ésta última todo objeto que pudiera contribuir á mantener viva en su alma la memoria de pasadas y conmovedoras escenas, hicieron desaparecer, por órden del doctor, los preciosos cuadros de flores trazados por la hábil mano de Leopoldo, y que habian sido hasta entonces los parlantes fieles que le hablaban á todas horas, y en silencio, del dulce objeto de su amor.

En vano la infeliz habia pedido con doloroso acento, y vertiendo abundantes lágrimas, que le volviesen aquellos inocentes compañeros de su retiro.

Su empeño dió motivo al doctor para que hiciése algunas observaciones á D. Emilio, y le persuadiese de la necesidad de mantenerse inflexible á las súplicas de la enferma.

Todo lo habia alcanzado, pues, Duval, excepto el alejarla de México.

Sin embargo, el doctor trabajaba por conseguir esto último, y no veía lejano el momento de ver cumplido su deseo.

La desventurada Clotilde, cuyo présago corazón prensado por la pena, le presentaba el porvenir, conduciendo en sus alas el dolor, el llanto y la amargura, emanezando envolver para siempre su existencia, viéndose contrariada en sus más tiernas afecciones, y leyendo los intentos del temático Duval, cayó en una letal melancolía que agravó de una manera alarmante su salud, ya notablemente quebrantada desde la noche en que se vio próxima á pertenecer al hombre cuya sola presencia le hacía estremecer de horror.

Mientras tuvo á la vista los caros objetos que le repetían á todas horas los juramentos de amor del sér. en quien cifraba su felicidad entera, su alma, identificando aquellos objetos con la persona que amaba, sentía desprenderse de ellos un bálsamo consolador de grata melancolía que le prestaba aliento y vida; pero desde que se vio privada de los parlantes cuadros en que su

amante había exprimido los inagotables sentimientos de su acendrada pasión, el desaliento y el dolor se habían entronizado en su pecho, robándole todo linaje de consoladora esperanza.

—¿Te sientes mejor, hija mía?—Le preguntó con cariñoso acento la hermosa mujer que estaba á su lado y que estrechaba su blanca mano entre las suyas.

—¡Mejor!—contestó con débil y armoniosa voz la interesante jóven.—¡Mejor, cuando me han privado de cuanto podía endulzar mi profunda pena y hacerme apreciar la vida! ¡Mejor, cuando sorprendo en los ojos de vd., madre mía, la tristeza que imprime el sentimiento de verme padecer, y leo algunas veces en su inquietud y sobresalto el temor de que triunfe Duval de la inocencia y de la virtud! No; no estoy mejor. Conozco, por el contrario, que mi muerte no está lejana; que voy á morir consumida por el dolor y la melancolía.... á morir muy en breve sin haber conocido la felicidad.... sin enviar el último adiós á la persona que amo.... sin recibir de

ella la dulcísima mirada de ternura y compasión que embalsamase benévola los últimos instantes de mi vida.... ¡Ah! conozco que he amado como nadie ha amado.... como nadie es capaz de amar en la tierra.... Nadie, sí, madre mia.... Ni aun el objeto de mi amor es capaz de comprender la intensidad de la pasión con que ha sido amado.... con ese fuego inextinguible y tierno, vehemente y dulce, que embellece la vida martirizándola á la vez.... Con esa pureza toda espiritual, desinteresada y dulce que atesora el alma sensible de la mujer, formada por Dios para amar y padecer... Todo en la verde primavera de mi vida.... cuando acababa de soñar con un mundo de felicidad sin término.... cuando mis ojos se extasiaban contemplando los miríficos colores de un esplendente horizonte que conducía al embalsamado oasis de la existencia! Todo ha sido para mí mentira.... ¡todo, menos mi dolor! El bello porvenir que mi imaginación me presentaba radiante de esplendor y de hermosura, riente y apacible, se ha deshecho en el aire como los sutiles

y vistosos glóbulos de jabón con que juegan los cándidos niños, y desaparecen cuando mas bellos eran sus brillantes colores. ¡Madre mia, madre mia! ¡Es posible que yo muera sin despedirme para siempre del hombre que idolatro.... yo que no he vivido mas que para él.... yo que no quiero morir, porque morir es cerrar los ojos para no volverle á ver mas en el mundo.... renunciar á la felicidad de pensar en él.... de llorar por él.... de sentir por él? ¡Ah! ¿Por qué Dios me ha dado un corazón dotado de esa exquisita sensibilidad que destruye la vida, matando en flor las doradas ilusiones que forman el bello ideal de la ardiente juventud? ¿Por qué me concedió un alma que solo vive de amor.... que nació para el amor, y que respira y alienta amor? ¿Qué delito tenia que expiar, desventurada de mí, para que el peso de la pena y del dolor fuesen los terribles agentes que me abriesen las puertas del sepulcro?

Y una tos seca, causada por la agitación, siguió á estas palabras.

Clotilde llevó el pañuelo á la boca para

contenerla, y poco despues lo retiraba, enrojecido con algunas manchas de sangre.

—No te agites así, Clotilde: ya ves que el hablar te hace daño: cada gota de sangre que se imprime en tu pañuelo, es un nuevo martirio que aumenta mis temores.

—Es un agente de la eternidad que abrevia mis padecimientos: que me lleva á la muerte.

—¡No hables de morir, hija mia! No pienses, por piedad, en la otra vida. Tú, tan buena, tan cariñosa y pura, es preciso que vivas para ser feliz sobre la tierra.... para ser el consuelo de esta desgraciada amiga, que no podria soportar tu muerte. Yo espero que llegue á cambiar tu suerte.... yo espero que esa tristeza que te consume y me mata, se torne al fin en contento y alegría, cuando la fuerza de la inocencia y de la verdad disipen las densas nieblas de la impostura y de la calumnia, que hoy te separan del hombre que te hizo presentir con su amor, una existencia de inagotable ventura! Sí; yo espero en que terminarán tus penas.... y para esperararlo, me fundo en el

acendrado cariño que te consagra mi engañado hermano... en el interés que hoy toma por tu salud, por tu vida, que él rescataria á costa de su misma sangre, y que no dudará en salvarla, uniéndote al tierno y desgraciado Leopoldo, que, como tú, padece y llora su contraria suerte.

—Conozco que todo seria ya inútil para salvarme:—exclamó Clotilde con apagado y conmovido acento.—¡Sí.... inútil enteramente! ¡Mi corazon ha sufrido en poco tiempo todos los tormentos de una horrible eternidad! Siento que la opresion de mi pecho me quita la respiracion.... que mi naturaleza se destruye, devorada por el fuego de una pasion volcánica, y que, ¡nada, nada en el mundo le podria devolver al alma la alegría y la felicidad! Mas vd., madre mia, verá á Leopoldo... le dirá vd. todo lo que he padecido por él.... todo lo que le he amado.... las lágrimas que he vertido constantemente por su amor... y que hasta el triste instante de morir fué para él mi último pensamiento.... mi último suspiro....! ¡Para él, sí, mi tierna amiga: para él que ha padecido como

yo.... para él que ha sido el objeto de todo mi cariño, de toda mi ternura, de todo mi amor....!

—Deja, por Dios, hija mia, esas tristes ideas que me desgarran el alma.—Exclamó afligida la cariñosa Inés, estrechando contra su corazón la mano de aquella jóven que había sido la única amiga que contaba en el mundo.

—¡Morir sin haber gozado las delicias celestiales del amor!—continuó Clotilde dominada por su pensamiento:—de ese amor que inicia á nuestras almas en los inefables goces de la gloria de donde aquel descende como emanacion dulcísima del cielo! ¡Y quieren que esté alegre.... que la sonrisa anime mi semblante cuando veo tan próxima mi muerte....! ¡cuando tengo que renunciar á la delicia balsámica de ser del hombre que hizo latir mi corazón con ese fuego sagrado que analtece á la criatura, que sostiene el mundo, fecundiza la tierra, da vida á todos los objetos, y por el cual siento morir tan jóven!

—Borra, borra, querida Clotilde de tu

mente esos funestos pensamientos que te dañan: bórralos, hija mia:—dijo la inconsolable Inés, derramando un torrente de lágrimas, arrancadas por la pena y el dolor.—Sí, yo te lo suplico, yo te lo ruego; pues entregarte á ellos es atentar contra tu propia existencia, que la religion, y Dios mismo, te ordenan conservar. Si me amas, si es cierto que me consagras algun resto de aquel profundo cariño con que en un tiempo correspondias al intenso mio, preciso es que abras tu corazón á la esperanza, porque el esperar embalsama las heridas del alma, y vierte el consuelo en las personas que se interesan en tu vida, en tu amiga, en tu afligida madre que padece, porque te vé padecer, y que moriría de pena si dejas de existir.

—Siento, madre mia, que me abrasan sus lágrimas que caen ardientes sobre mi helada mano.... Mas, ¡ah! ¡no puedo estar alegre.... no puedo reir....! La risa y la alegría serian un sarcasmo en un corazón desgarrado por la melancolía y el dolor.... Es inútil querer consolar mi alma, cuando las

penas y los tormentos le han agobiado con su enorme peso....!

—¿Y de qué sirve la voluntad?—Advirtió Inés tratando de reanimar el decaído espíritu de su protegida.—¿No ejerce ella muchas veces sobre la materia un poderoso influjo, dominando benéficamente nuestros sentimientos?

—¡Madre mia—continuó la jóven sin haber fijado la atención en las palabras de su fiel amiga:—escuche vd. en este instante la voz que sale del borde de la tumba.... Yo... lo conozco, no volveré ya á ver á Leopoldo.... no podré fijar mis moribundos ojos en los suyos, para recibir en su dulce mirada el tierno adios de despedida.... Pero vd. le verá, madre mia, y le dirá vd. que siempre le he amado.... que siempre fuí fiel á mis juramentos.... que en medio de mis penas y dolores, mi pensamiento estaba fijo en él, que era el centro de atracción de mi sensible alma.... que los cuadros trazados por su mano, fueron mi encanto y mi delicia en mi triste soledad.... los fieles confidentes á quienes confiaba mis amorosos pensamien-

tos y mis lágrimas.... que desde el día que me los quitaron, que me privaron de ellos, no he disfrutado ni un solo instante de placer ni de consuelo.... que la tristeza mas profunda se ha apoderado de mí... y en fin, que muero amándole y pidiéndole un recuerdo para su desgraciada Clotilde....!

—¡Oh! ¡tus palabras, hija mia, me hielan la sangre! ¿Será posible que mi amor y mis súplicas no tengan fuerza ni valor ninguno para tí? ¿Será preciso que pierda toda esperanza de que vivas? ¡Oh! ¿qué haré yo, Dios mio, para retener en el mundo tu existencia, que compraria con toda mi sangre?

Y la hermosa Inés, inundada de lágrimas, oprimia afligida contra su pecho la blanca mano de la jóven, que le envió una mirada de ternura y de gratitud.

—¡Siento hacerla padecer á vd., madre mia! Pero conozco el estado de gravedad en que me encuentro.... ¡Ah! ¡yo siento discurrir por mis venas el hielo de la muerte! ¡Mi pecho y mi corazón padecen horriblemente, y mi naturaleza entera desfallece por instantes! ¡Mis ojos están velados por